



Prácticas docentes que favorecen la resiliencia en la escuela

Dayana Blumstein Kaplan | Maestra.

Para los docentes, inmersos en la sociedad de hoy, se hace necesario fomentar una mentalidad y una actitud resilientes, que de manera creativa animen a nuestros alumnos a saber sobrellevar situaciones familiares encarnadas en escenarios de tensión como la violencia intrafamiliar, el abuso en sus variadas representaciones, el empobrecimiento, entre muchas otras.

En esta sociedad fragmentada del siglo XXI, el docente debe ser un modelo de que otro mundo (alejado de esta realidad de pobreza y desamparo) es posible.

¿Qué puede hacer un docente desde la práctica escolar para favorecer la resiliencia? Y más precisamente, ¿es posible “revertir” las situaciones personales que atraviesan nuestros alumnos? ¿Cómo, a pesar de nacer y vivir en condiciones de alto riesgo, las personas se pueden desarrollar psicológicamente sanas y con éxito? ¿Cómo es posible que alumnos provenientes de los “crecientemente castigados sectores populares”, obtengan buenos resultados escolares? ¿A qué se debe que unos niños desarrollen la capacidad de resiliencia y otros no?, ¿el docente podrá favorecer este proceso?, ¿cómo debería actuar para ello?

A partir de estas cuestiones se pretende plantear algunas reflexiones acerca de cómo el docente —como uno de los factores que puede favorecer la resiliencia— logra potenciar esto en sus alumnos, y qué prácticas realiza para ello.

El concepto de resiliencia

Es pertinente comenzar haciendo referencia a qué entendemos por el concepto de *resiliencia*.

La definición más adecuada dentro del marco educativo es la que desarrollan los autores Rirkin y Hoopman (1991), quienes la conciben como «la capacidad de recuperarse, sobreponerse y adaptarse con éxito frente a la adversidad, y de desarrollar competencia social, académica y vocacional pese a estar expuesto a un estrés grave o simplemente a las tensiones inherentes al mundo de hoy» (adaptada por Henderson y Milstein, 2003:26).

¿Por qué es importante el estudio acerca de la resiliencia?

En primer lugar, se debe a que son las escuelas —además de la familia y otros ambientes— los espacios que pueden aportar las condiciones ambientales que promuevan reacciones resilientes, así como enfoques educativos, programas de intervención y currículos adecuados para desarrollar factores protectores individuales. Todo individuo, afirma Bernard (1991; cf. Henderson y Milstein, 2003:22), tiene una capacidad para la resiliencia que debe ser reconocida; y este reconocimiento es muy factible de suceder en la escuela y, sin lugar a dudas, por parte del docente.

Pueden reconocerse rasgos de resiliencia en casi cualquier persona, y las escuelas son los ambientes clave para que los individuos desarrollen esta capacidad de sobreponerse a la adversidad y adquieran las competencias –social, académica y vocacional– necesarias para salir adelante en la vida. Henderson y Milstein (2003) sostienen que *«cada docente en su aula puede crear refugios de construcción de resiliencia, ambientes que también se asocian estrechamente con el éxito académico»*.

Además, es importante estudiar acerca de la resiliencia, ya que la realidad de las escuelas públicas uruguayas hoy en día, y si se quiere más particularmente de las escuelas denominadas A.PR.EN.D.E.R., nos lleva necesariamente a pensar en la urgencia de aprendizajes de calidad, en inclusión, en ambientes generadores de un clima favorable para los niños en todos sentidos y, por tanto, pensar en resiliencia.

Ya Varela reconocía la influencia de las “condiciones socioculturales” en la educación del individuo. Pero, asimismo, había en él una firme convicción de que todos los niños podían aprender.

Debido a la situación social actual, las instituciones educativas formales actúan en contextos cada vez más críticos. Esta realidad da cuenta de la complejidad de la enseñanza en condiciones sociales de vulnerabilidad, así como de la urgencia por reflexionar al respecto y fortalecer nuestras prácticas educativas.

Estas prácticas educativas se imparten hoy en día en un contexto de adversidad, de pobreza y desigualdad social. Los niños viven situaciones familiares y sociales complejas, como violencia doméstica, ausencia de uno de sus padres, familias muy numerosas, problemas familiares o financieros, y vecindario deteriorado, por ejemplo, donde el contexto en muchos casos opera como un obstáculo para sostener el éxito escolar. Los docentes ejercen una tarea cada vez más difícil. Por estos motivos es necesario comprender la resiliencia y las maneras en que el docente puede ayudar a los niños a sobreponerse y a ser estudiantes exitosos.

Los niños aprenden lo que viven. Si un niño vive apreciado, aprende a apreciar. Si un niño vive con equidad, aprende a ser justo (Gamboa, 2005). Si un niño “vive” en un ambiente donde se aplica un método de enseñanza personalizado y se valora la diversidad, donde se promueve la colaboración y se centra en la motivación de los alumnos, donde se realizan actividades variadas enfocando a los múltiples estilos de aprendizaje, donde siente afecto y pertenencia, aprende a construir resiliencia.

La presencia de adultos responsables y atentos a las necesidades de los niños –como puede serlo un maestro que muestre capacidad de escucha y actitud de apoyo, que favorezca en los niños un sentimiento de seguridad y confianza en ellos mismos, existencia de expectativas altas y realistas– promueve su autonomía y fortalece su autoestima, les ofrece mayores oportunidades de crecimiento y desarrollo, en definitiva, favorece la resiliencia.

No puede discutirse la influencia que la pobreza juega en la educación del niño. Se asocia claramente el rendimiento escolar con las condiciones sociales, económicas y culturales de la familia del alumno. Esta diversidad de factores influye en la resiliencia que puede desarrollarse en la escuela.

Podríamos establecer dos categorías: los factores exógenos y los factores endógenos al sistema educativo. Así, por ejemplo, la condición socioeconómica, la composición familiar, las características de las viviendas, las condiciones de salud, el tipo de relaciones en el ámbito familiar, la valoración y las expectativas hacia la educación, las pautas de crianza, son factores exógenos. En tanto, la infraestructura escolar, las prácticas pedagógicas de los docentes, su valoración y expectativas respecto de los alumnos y su rol de mediación en el aprendizaje, son factores endógenos.

¿De dónde surge el concepto de resiliencia?

El término tiene su origen en el latín. En Física se lo utiliza para expresar la capacidad de un material de recuperar su forma original después de haber sido sometido a altas presiones.

El concepto fue introducido y extrapolado al ámbito psicológico hacia los años setenta. Luego se han realizado investigaciones, logrando ampliar el concepto, observando a los sobrevivientes de los campos de concentración, y a niños en situación de calle. En el área de la Psicología se lo entiende como la posibilidad de recuperación ante situaciones adversas, centrándose en las potencialidades individuales para ser resiliente.

Este concepto, tomado de la Física, fue adaptado y utilizado en las Ciencias Sociales para referirse a aquellas personas que, a pesar de nacer en contextos de “alto riesgo” y vivir en condiciones de adversidad, se desarrollan favorablemente y crecen psicológicamente sanos, logrando ser exitosos. Es la capacidad humana de hacer frente y superar las adversidades de la vida; de sobreponerse al estrés, al trauma o a experiencias negativas. Es un proceso que debe ser promovido desde la niñez. Los científicos sociales han identificado un factor común destacado en los niños que han logrado sobreponerse a situaciones como pobreza, disfunciones familiares, entre otras: los docentes y la escuela como factor protector. Los niños resilientes han encontrado en su pasaje por la escuela, un docente que surgió como modelo de rol positivo para ellos.

La resiliencia varía de un individuo a otro, y puede ser desarrollada y promovida. Pueden descubrirse rasgos de resiliencia en casi cualquier persona.

Cabe destacar también la importancia de la concepción de resiliencia como un proceso, y como una interacción y acción del niño, de la familia, de la escuela, de la comunidad y de la sociedad. Así entendida, se puede proponer un trabajo desde las capacidades para poder afrontar los factores de riesgo, enfatizando el potencial humano y la responsabilidad colectiva.

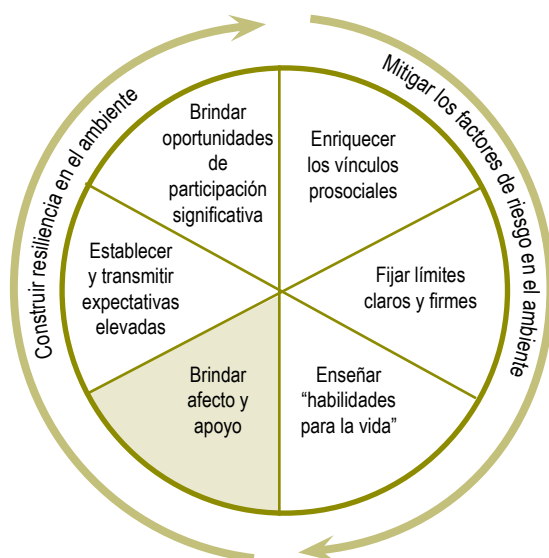
Aunque con mirada crítica, hoy se comprende que algunas conceptualizaciones primarias en torno a la resiliencia negaban las capacidades propias de quienes padecían sufrimientos, y los impulsaban a buscar a alguien en quien

delegar la búsqueda de la solución posible, lo que los convertía en receptores pasivos de esas soluciones. Es claro actualmente que se posee una visión desde el niño, por más que la familia, la escuela y el docente en particular, puedan promover la resiliencia.

Los diversos estudios acerca de la resiliencia contribuyeron a fragmentar el estigma de que un niño que atraviesa adversidades o vive en condiciones desfavorables, está forzado al fracaso social y/o escolar.

La situación de ausencia familiar y la no participación de los padres en la educación de sus hijos, representan una realidad admitida al presente. Hoy en día es común escuchar las quejas de los docentes haciendo referencia a que las familias no orientan a sus hijos, no se interesan por sus avances, no miran sus cuadernos, no asisten a las reuniones de padres o a citaciones individuales. Asimismo, en las escuelas se puede observar lo mal aseados que concurren los niños, y su mala alimentación. Esta escasa presencia de las familias representa muchas veces un obstáculo en la educación de sus hijos; *«(...) ello se expresa en la escasa valoración que algunos padres de familia tienen de la educación, y las bajas expectativas respecto a los logros de sus niños y adolescentes»* (López, 2006:49). Además, en las escuelas se puede advertir la falta de atención de los alumnos y conductas violentas o inapropiadas, debido al *«deterioro del clima familiar en que viven los niños, y las situaciones de violencia y maltrato a que están expuestos diariamente»* (ídem).

Es preciso también tener en cuenta, dejando de lado las ideas reduccionistas, que *«la pertenencia del niño a una familia en situación social desfavorecida no significa que el niño no traiga nada consigo. Por el contrario, es portador de una cultura, de un lenguaje, de experiencias y conocimientos que es necesario reconocer y asumir como punto de partida para la labor escolar»* (ANEP. UMRE, 1999). Estas situaciones nada nos dicen acerca de la capacidad de los niños de sobrellevarlas, de sobreponerse frente a dichas adversidades y lograr obtener éxito.



◀ Henderson y Milstein (2003) sostienen que existen seis pasos para promover la resiliencia en las escuelas, y los diagraman en lo que llaman “Rueda de la Resiliencia”.

Por otra parte, Frigerio (1992) sostiene que *«los aprobados (...) son aquellos que, por alguna razón, escapan a las biografías anticipadas, profecías autocumplidas que, lamentablemente formulan algunos agentes del sistema educativo: ¿cómo le va a ir bien si pertenece a “tal familia”; si vive en “tal barrio”; si “no fue al jardín”; si “los padres son analfabetos”; “changanines”; cuando no “delincuentes”?»* Esto constituye esencialmente lo que se denomina biografía social anticipada. Una profecía autocumplida que refuerza la reproducción de las diferencias.

De alguna manera, en este trabajo se pretende analizar cómo el docente puede favorecer este “escapar de las biografías anticipadas”. Se sitúa, además, la problemática de la enseñanza en contextos sociales de desigualdad y fragmentación, en contextos complejos, difíciles, desfavorables, críticos... todos ellos, términos que dan cuenta de las diferentes formas en que nombramos las condiciones actuales en las que viven nuestros alumnos y en las que los docentes educamos, y los contextos en que las escuelas se encuentran inmersas.

Por ende, a pesar de vivir en contextos desfavorables, los niños tienen igualmente la capacidad de resiliencia. Y los docentes, por su parte, en muchos casos son los que rotulan condicionando el aprendizaje del niño. Lo etiquetan como: niño que vive en situación de pobreza y en un contexto desfavorable, cuya familia no apoya y hasta obstaculiza, por lo cual no va a alcanzar el éxito académico. Se escuchan en las

escuelas sentencias del tipo: *“ese niño viene del asentamiento, la familia no le presta atención; así no va a poder aprender”*. A consecuencia de esta rotulación, el docente no incentiva al niño, no le brinda la atención que necesita, no lo estimula, o sea, no favorece la resiliencia. Muchos docentes hoy en día asocian, apresurada y erróneamente, que por vivir en condiciones desfavorables, o por una serie de características vinculadas y hasta físicas de las familias, los niños no van a lograr un buen rendimiento, estipulando anticipadamente el fracaso. Desde el discurso teórico, los docentes sostienen que “todos los niños pueden aprender”, pero en los escenarios escolares se escucha este tipo de relaciones anteriormente ejemplificadas, emparentado con el “nada puede hacerse”.

La generalización enunciativa de tipo “todos los niños nacidos en contextos de pobreza económica y cultural fracasarán en la escuela”, anula la posibilidad de cambio y transformación, por tanto, anuncia la circularidad reproductiva y la permanencia en el círculo de la pobreza.

El discurso de “atención a la diversidad” se limita muchas veces al reconocimiento de la diversidad, al reconocimiento de las diversas formas de aprender, por ejemplo; pero no conlleva, en general, al diseño de diversas formas de enseñar. En la escuela de hoy persisten las propuestas de enseñanza únicas, la concepción de que todos los niños aprenden del mismo modo y al mismo tiempo, las mismas prácticas y los mismos modelos de evaluación.

¿Qué podemos hacer los docentes?

Existen también docentes que apoyan y brindan afecto a sus alumnos, les transmiten expectativas elevadas, construyen ambientes de vínculos ricos y fuertes, entre otras prácticas, favoreciendo así la resiliencia. Creen en sus alumnos y los apoyan. Confían en ellos y los ayudan. Tienen la convicción de que el éxito es posible, y se la transmiten a sus alumnos, implicándolos en el proceso para alcanzarlo. Esto, a través de celebrar los logros, destacar el esfuerzo y el éxito, crear asociaciones de mutuo apoyo en la comunidad, facilitar ocasiones de aprendizaje cooperativo que inciten a prestar y recibir ayuda, las cuales son algunas de las estrategias que plantean Henderson y Milstein (2003), en su libro *Resiliencia en la escuela*.

No es lo mismo nombrar al sujeto de la educación como sujeto carente, que nombrarlo como sujeto de la posibilidad. No es lo mismo pensar al alumno como un niño que “no le da la cabeza” —especulación de muchos maestros— que pensarlo como sujeto capaz de aprender, con sus fortalezas personales y desde sus valiosos aportes, que junto al docente podrá construir su aprendizaje.

«...cada docente en su aula puede crear refugios de construcción de resiliencia, ambientes que también se asocian estrechamente con el éxito académico.»

(Henderson y Milstein, 2003)

Hoy en día es común escuchar las quejas por parte de los maestros en cuanto a que los padres no orientan a sus hijos, no miran sus cuadernos, no los ayudan con los deberes, no concurren a las reuniones fijadas. Esta escasa presencia y la falta de apoyo de las familias se manifiestan, además, en cuestiones de mala alimentación, higiene, vivienda y vestimenta.

En reiteradas ocasiones, las familias representan un obstáculo al expresar expectativas bajas respecto a los logros de sus hijos, al maltratarlos, al brindarles un clima familiar deteriorado en el cual viven los niños que concurren hoy a nuestras escuelas; muchas veces rodeados

de situaciones violentas, y agresiones verbales o físicas, directamente hacia ellos, o hacia algún miembro de su familia.

Existen muchos factores sociales de riesgo como la pobreza, el vecindario, la familia y los amigos, los cuales juegan una influencia crítica en la educación del niño. Pero, en general, el individuo es capaz de superarlos, si tiene un nivel apropiado de resiliencia, o sea, si sus rasgos de resiliencia son fortalecidos por un adulto que pueda crear los refugios necesarios y adecuados para la construcción de la misma; por ejemplo, un docente a través de la promoción de vínculos estrechos, de fijar y mantener límites claros, de promover el establecimiento y el logro de metas, de valorar y alentar la educación, entre otros. Un niño resiliente es aquel que es capaz de enfrentarse con éxito a unas condiciones de vida sumamente adversas como la pobreza o la orfandad, y superar dicha adversidad.

El formato y los programas escolares, en muchas oportunidades, no permiten a los docentes ser flexibles ante las problemáticas de los niños. Pero el maestro puede reconocer otras posibles trayectorias, moldear los ambientes y las situaciones de enseñanza y aprendizaje, para poder así atender a la diversidad a partir de prácticas como la apreciación de los talentos específicos de cada individuo, el fomento de relaciones de apoyo con otras personas afines, entre otras.

Disfrutar de una educación de calidad, en la cual se hallen favorecidos estos aspectos, exige que el origen social o el nivel socioeconómico de la familia del niño no determinen su rendimiento escolar. Por tanto, requiere de un maestro que no rotule o encasille, sino que deposite esperanza y optimismo. Que mire con los ojos de la resiliencia, y contagie resiliencia en sus alumnos.

La resiliencia hoy se va haciendo más fuerte y más frecuente en nuestros proyectos educativos, en nuestra formación, en nuestros proyectos institucionales y hasta en los espacios sociales y comunitarios. Pero para esto también es necesario abandonar ciertas prácticas conservadoras, con pretensiones homogeneizadoras, propuestas únicas de enseñanza, y estructurados espacios, tiempos y recursos educativos.



Reflexiones finales

A partir de la reflexión, el docente puede diseñar una práctica pedagógica que promueva la posibilidad de éxito de todos sus alumnos, atendiendo particularmente a los más vulnerables. Exige el compromiso docente y una actualización permanente, que permitan repensar nuestra escuela a la luz de las nuevas corrientes.

Los docentes debemos tener la convicción de que podemos afrontar la vida de una manera más positiva y esperanzadora, y esto debemos poder transmitírselo a nuestros alumnos.

Pensemos en una planta que está expuesta a las inclemencias del tiempo; pero con un tutor, la planta crece adecuadamente y se desarrolla según lo esperado. La colocación de un tutor, además, debe hacerse mientras la planta es pequeña, para que al crecer pueda hacerlo correctamente.

Esto mismo ocurre en los niños, donde el docente cumple la función de tutor, construyendo junto al niño un desarrollo positivo del cual resultará fortalecido. Todos los seres humanos somos dueños, en mayor o menor grado, de una capacidad de resiliencia.

En suma, ¡enfrentar y sobreponerse a la adversidad es posible, y el docente puede hacer mucho para ayudar a lograrlo! 🌱

Bibliografía

- ANEP. CEIP. República Oriental del Uruguay (2011): *Programa Escuelas A.PREN.D.E.R.*
- ANEP. UMRE. República Oriental del Uruguay (1999): *Estudio de los factores institucionales y pedagógicos que inciden en los aprendizajes en escuelas primarias de contextos sociales desfavorecidos en el Uruguay.*
- FRIGERIO, Graciela (1992): "Obstinaciones y estrategias. Fracaso escolar y sectores populares en la Argentina" en revista *Propuesta Educativa*, Año 4, N° 6 (Marzo). Buenos Aires: FLACSO.
- GAMBOA DE VITELLESCHI, Susana (2005): *Juego – Resiliencia. Resiliencia – Juego. Para trabajar con niños, adolescentes y futuros docentes.* Buenos Aires: Ed. Bonum.
- HENDERSON, Nan; MILSTEIN Mike M. (2003): *Resiliencia en la escuela.* Buenos Aires: Ed. Paidós.
- LÓPEZ, Néstor (2006): *Educación y desigualdad social.* Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación / OEA.